llos, poniendo espanto en el corazón de quienes se acercaban.

Chavero hace observar que el poco cuidado de comparar los diferentes textos ha hecho que no se comprenda la identidad del templo de *Quetzalcoatl* con el *Ilhuicatitlan* de Sahagún, el cual se ha tomado por una verdadera columna, porque el cronista, á causa de la forma cilíndrica de aquél, lo llama una columna gruesa y alta, donde estaba pintada la estrella ó lucero de la mañana, y sobre la columna un chapitel hecho de paja. Agrega Sahagún que delante de esta columna y esta estrella, mataban cautivos cada año al tiempo que aparecía aquel planeta.

Dice Chavero que este templo daba su frente hacia las Escalerillas, y tenía un patio mediano, donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes y regocijos y muy graciosas farsas y representaciones, para lo cual, en medio de aquel patio, había un pequeño teatro de treinta pies en cuadro, muy encalado, y que en las fiestas enramaban y aderezaban galanamente, cercándolo de arcos vistosos de toda clase de rosas y rica plumería, colgando á trechos muchos diferentes pájaros y conejos y otras cosas agradables á la vista: ahí, después de que al rededor de aquel teatro bailaban los señores con sus más vistosos y bizarros atavíos, salían los representantes; y la crónica conserva el recuerdo de la farsa de un baboso que se fingía muy enfermo, mezclando muchas graciosas palabras y dichos con que hacía mover la gente á risa; y otra de dos ciegos y dos legañosos que tenían una muy chistosa contienda, motejándose con muy donosos dichos. Había también la farsa del acatarrado, quien fingía fortísimas toses con ademanes exagerados; y la del moscón y el escarabajo, saliendo los representantes vestidos al natural de estos animales, el uno haciendo zumbido como mosca y diciendo mil gracias, y el escarabajo metiéndose en la basura. Todo esto entre los mexicanos era de mucha risa y contento.

XXIX

Aun cuando en los pasajes preinsertos de Chavero se dice algo sobre que *Quetzalcoatl* no sólo fué un cristiano que predicó el Evangelio en México, sino el mismo apóstol Santo Tomás, que, cumpliendo con el precepto de Jesús Nazareno á sus apóstoles, de que fueran á predicar el Evangelio *por todo el mundo,* se dirigió al continente que después había de llamarse América; sin embargo, como las disquisiciones sobre este punto han ocupado á escritores ilustres, ya en pro, ya en contra, nos proponemos tratarlo con mayor amplitud para que los lectores conozcan á fondo la cuestión, que si no es interesante, sí es, por lo menos, muy curiosa.

El P. Durán fué el primero que dijo que un apóstol había predicado el Evangelio en estas regiones; Becerra Tanco encontró que *Quetzalcoatl* y *Tomás* significan lo mismo; y el jesuíta Sigüenza y Góngora afirmó que *Quetzalcoatl* fué el apóstol santo Tomás, que predicó el Evangelio á los indios. No hemos tenido á la vista el MS. de Sigüenza, titulado *Fénix de Occidente,* en

que trata el jesuíta de la cuestión; así es que no insertaremos en este artículo ningún párrafo de tan extraña obra. Pero otros escritores de los siglos XVII y XVIII opinaron como Sigüenza, y entre ellos el Lic. Don Ignacio Borunda. Por generoso donativo del sabio obispo de Cuernavaca, Monseñor Plancarte, llegó á nuestras manos la obra de Borunda, titulada *Clave General de Geroglíficos Americanos,* obra manuscrita á fines del siglo antepasado, y perdida para la bibliografía mexicana, y aún ignorada por algunos de nuestros historiadores, hasta que el duque Loubat, ese moderno lord Kingsborough, la exhumó desglosándola de la causa que se le instruyó al mal aventurado fraile dominico Servando Teresa de Mier por el peregrino sermón que predicó, diciendo que la imagen de la Virgen de Guadalupe se había aparecido en la capa de santo Tomás y no en la tilma del indio Juan Diego, y que fué el origen de sus innumerables desventuras.

Aunque sentimos regocijo con la adquisición de este libro, no nos dejamos seducir por su título, porque sustentamos la convicción de que no hay *clave general* ó llave maestra para abrir las herrumbrosas cerraduras del clausurado santuario de los jeroglíficos; y continuando la metáfora, diremos que los que han alcanzado á vislumbrar los tesoros que se ocultan bajo las bóvedas de tan grandioso templo, lo han conseguido asomándose por las ventanas de la tradición de la historia, del idioma y de la fisiografía. Sin embargo, recorrimos con avidez las páginas del libro, abrigando la esperanza de disipar algunas de nuestras dudas, ó de confirmar varias interpretaciones que hemos expuesto como propias. Si en algo vimos satisfechas nuestras esperanzas, no lo fué en verdad en lo que tiene relación con la identidad entre el apóstol Tomás y *Quetzalcoatl.* No bastaría extractar, ni aún transcribir pasajes de Borunda, para que fueran entendidos por los lectores. Será necesario que la transcripción vaya precedida de una sucinta explicación de la índole de la obra y de la obsesión que dominó el ánimo del autor al tiempo de escribirla.

Hemos dicho que Sigüenza y Góngora escribió una obra que tenía por título *Fénix de Occidente,* para probar que santo Tomás apóstol había predicado el Evangelio en México. Ya entre los viejos cronistas se había manifestado el empeño de encontrar entre los mexicanos las tradiciones bíblicas y conocimiento del cristianismo. En el jeroglífico de la peregrinación azteca pretendían encontrar el diluvio de Noé, la confusión de las lenguas en la torre de Babel y la dispersión en la llanura de Sunar. Fábrega, el intérprete del Códice Borgiano, vió en las pinturas de los indios referencias al paraíso y al pecado original. Boturini, Veytia y el mismo sabio Gama hablan del conocimiento que los nahoas habían tenido de la detención del sol por Josué, y del eclipse acaecido en la muerte de Jesucristo, sin preocuparse, como lo hace observar un historiador, de que cuando era de día en el hemisferio en que se suponían pasados esos hechos, era de noche en éste, y no podía saberse lo que al sol le estaba pasando. Ningún partidario fué tan fiel á tan erróneas enseñanzas como el Lic. Bo-

runda, y fundó y sustentó sus estólidas doctrinas en la interpretación que hizo de los jeroglíficos que se observan en las tres piedras, que él llama *peñascos,* que se encontraron en el subsuelo de la plaza de Armas de México, en la última década del siglo XVIII. Esas piedras, que trastornaron el juicio del Lic. Borunda, son: la estatua colosal de la diosa *Teoyaomicqui,* conocida hoy con el nombre de *Coatlicue,* «la que tiene su falda de culebras;» la conocida con el nombre de *Calendario Azteca;* y el *Cuauhxicalli* de *Tizoc,* vulgarmente llamada «Piedra de los sacrificios.» Estas tres piedras están en el Museo Nacional.

De estos tres peñascos, el primero fué para el Lic. Borunda un radiógrafo de los rayos X de Röengen, pues con su auxilio penetró su mirada hasta el siglo I de la Era Cristiana, y alcanzó á ver al apóstol santo Tomás atravesando los océanos á pie enjuto, ó empleando su capa á guisa de barquilla, hasta poner sus plantas en las playas de la Patagonia; lo ve después internarse por las Pampas, ascender á las cumbres de los Andes y tomar reposo en las altiplanicies del Cuzco, donde se convierte en Inca y da principio á su tarea de predicar el Evangelio; cuando los ascendientes de Atahualpa se mostraron observantes de la nueva religión, prosiguió su camino y, subiendo y bajando por las escarpadas serranías del Ecuador, de Nicaragua y de Cuauhtemallan, llegó al territorio donde hoy se encuentran las ruinas de *Mictla* y de Palemke, y predicó de nuevo el Evangelio; profundiza más la mirada el clarividente y ve al santo apóstol llegar al corazón del Anahuac, donde encuentra establecida una gran nación; pero no en el fondo del Valle llamado hoy de México, sino en las asperezas de la serranía del Sur, cerca de *Axochco* (Ajusco), y allí su predicación es prodigiosa, pues, convertido en *Quetzalcoatl,* «culebra preciosa,» destruye antiguas religiones, enseña la cristiana, funda templos y establece la ¡Eucaristía! Pero como en el Anahuac no había trigo ni uvas, no adoptó las especies de pan y vino, sino que con semillas de bledos hacían una estatua de Jesucristo, y después de adorarla, se la comían los fieles.

(Esta ceremonia la encontraron en uso los conquistadores; pero la estatua ya no representaba á Jesucristo, sino á Huitzilopochtli, y la llamaban los mexicanos Teocualo, «*Dios comido.*»*)*

Según Borunda, veinte años empleó santo Tomás en su predicación en América, y él fué el que enseñó á los toltecas, que fundaron Tollan en el siglo VIII, á bañarse, á trabajar el oro y la plata, el arte culinario y el de la medicina. Antes de marcharse del Anahuac, previendo la apostasía de los pueblos convertidos, escondió en varias cuevas las imágenes de Jesús y de María que les había pintado ó esculpido á los nahoas cristianos, y esas imágenes fueron las que se aparecieron después de la Conquista, y que hoy se veneran en Chalma, en Ameca, en Guadalupe, en Tlaltenango y en tantos otros lugares. El Señor de Chalma es, según opina Borunda, la deidad que depués llamaron los mexicanos *Tlazolteotl,* la diosa del estiércol y de la basura, esto es, la Venus cloacina de los romanos. La

última mirada de Borunda, siguiendo al santo apóstol, se dirige á Xicallanco; allí lo ve embarcarse en el esquife en que había venido, esto es, en su capa, y dirigirse á la isla de Cozumel, donde implanta unas cruces, como último testimonio de su advenimiento á la futura América.

La tradición, la historia, la cronología, el idioma, todo se opone á las apocalípticas interpretaciones del famoso Borunda; pero él se desembaraza de estos obstáculos declarando *urbi et orbi* que la tradición era falsa, porque los nahoas apóstatas habían ocultado todas las verdades; que la historia adolecía de los mismos errores, porque sus autores ignoraban también la verdad; que los cómputos cronológicos eran inexactos, porque el *Tonalamatl* (calendario) tolteca y el mexicano tenían por punto de partida una época falsa; y, por último, que el idioma no había revelado las augustas y santas verdades de los primeros siglos del cristianismo, porque tenía un sentido alegórico que se había escapado á la penetración de los Olmos, de los Molina, de los Sahagún y de todos los *nahuatlatos* que se distinguieron entre los misioneros. Para dar ejemplo de las extravagancias á que sometió Borunda el idioma *nahuatl,* en su afán de comprobar el paso de santo Tomás por la tierra de Cuautemoc y de Nezahualcoyotl, mostraremos al lector las etimologías que atribuye á las palabras *Tizatl* y *Tomatl,* de que se han formado los aztequismos *tizar* y *tomate,* objetos de todos conocidos:

«De este absorvente (el *tizatl*)—«dice Borunda—es sabida su aplicacion á curaciones de Azedías, «Lombrices y otras enfermedades, «pero no en el estado de inexplicable atenuacion y divisivilidad, como lo instruyen las aguas en que «se anotó disuelta con el distintivo «*tizatl,* Agua *atl,* de Médico *tisitl.*» Ese médico no es otro sino santo Tomás.

Del *tomate* dice: «De esta produccion usan los naturales en sus alimentos, especialmente para amortiguar el ardor, ó acrimonia del «Pimiento *Chilli,* pero asándolas primero en las brasas; y siendo sabido «que su jugo es lenitivo, ya en dolores de Garganta, ya en ardores de «espaldas y de riñones, y ya en otras «dolencias. Si el distintivo *tomatl* «se descompone, resulta agua *atl,* «*tom* de *Tomé.* Esto es, *agua de Tomás.*»*¿Risum teneatis.....?*

Conocidas ya, por lo que hemos expuesto, la índole de la obra «Clave General de Geroglíficos Americanos,» y la obsesión que dominó el espíritu de su autor, daremos á conocer un pasaje relativo á *Quetzalcoatl* para acabar de confirmar las extravagancias de Borunda.

Dice Borunda: «.....cuando «se hazía algun llamamiento en el «Reyno para lo que aquél (Santo «Tomás ó *Quetzalcoatl)* mandaba, «se subía el Pregonero en aquella «Sierra *Tzatzitepec,* y sus vozes se «oían por más de CIEN LEGUAS hasta las costas del Mar.—Aquí se «nota haverse traducido al Predicador por Pregonero *tzazini,* el «que grita, y por ello tratada también aquella tendida cumbre de la «grande Mole donde se hizo el principal asiento para extensión del «Cristianismo, de *Tzatzitepec,* en «*C,* cerro *tepetl,* para predicar ó gri-

«tar *tzatzi.* Asimismo se advierte «extendida desde él la Mision has«ta las costas, y tratado por ella al «mismo Apóstol de Padre de *Cu«luacan,* ó País *can,* que se inclina «*Culua,* como lo está el continente «para ambos mares, permanecien«do en la costa del Sur el distintivo «*Culiacan,* ó acaecimiento que ins«truie en la era nacional el segun«do Monumento (peñasco) hallado.» *Qui potest capere capiat.*

No intentaremos combatir el error capital de la obra de Borunda; ya el sabio NIGROMANTE, con mano maestra y sobra de sal ática, confundió á los sostenedores del peregrino advenimiento del apóstol *Didimus* á las tierras descubiertas por Cristóbal Colón. En uno de los párrafos siguientes insertaremos los puntos principales de la disertación de D. Ignacio Ramírez, de muy pocos conocida y de no fácil adquisición. En el párrafo siguiente daremos á conocer la disertación escrita por Fr. Servando Teresa de Mier, que es un fiel trasunto de las doctrinas de Borunda, aunque en lenguaje más inteligible.

XXX

Dice el fraile dominicano:

«Apenas los Españoles se acercaron en 1519 al continente de América, desembarcando en Cozumel junto á Yucatan, hallaron muchas cruces dentro y fuera de los templos, y en un patio almenado puesta una cruz grande, en cuyo contorno hacían procesión pidiendo á Dios lluvias, y á todas las veneraban con grande devoción. De ellas se hallaron en todo Yucatan, aun sobre el pecho de los muertos de antiguo sepultados. De aquí vino que los Españoles le empezaron á llamar N. España. En tal relación convienen todos unánimes.

«Herrera dice que Gomara cuenta que algunos Españoles pensaron que quizá huyendo de los moros algunos de sus antepasados irían por allí, pero que él no lo cree; y aunque en otra parte dice que no se pudo saber de dónde les habían venido á los Indios las cruces y tanta devoción con ellas, bien pudo salir de esta duda porque imprimió su historia en 1553, y desde 1527 el Adelantado Francisco de Montejo comenzó la conquista de Yucatan, y en algunas provincias que le recibieron pacíficamente, especialmente en *Tutulxin,* cuya cabeza es Mini (14 leguas de donde ahora es Mérida), se entendió que pocos años antes que llegaran los Castellanos un Indio principal sacerdote llamado Chilam-Cambal, tenido entre ellos por gran profeta, dijo que dentro de breve tiempo iría de ácia donde nace el sol gente barbada y blanca, que llevarían levantada la señal de la cruz que les mostró, á la cual no podrían llegar sus dioses, y huirían de ellos, y que esta gente había de señorear la tierra, y que dejarían sus ídolos y adorarían un solo Dios, á quien aquellos hombres adoraban. Hizo tejer una manta de algodón, y dijo que de aquella manera había de ser el tributo que se había de pagar á aquellas gentes, y mandó al Sr. de Mini que se llamaba Mochauxin, que ofreciese aquella manta á los ídolos para que estuviese guardada, y la señal de la Cruz hizo hacer de piedra, y la puso en los patios de los templos adonde fuese vista, diciendo que aquel era el árbol verdadero del mundo, y por cosa muy nueva la iban á ver muchas gentes, y la veneraban desde entonces. Y esta fué la causa que preguntaron á Francisco Hernández de Córdova, si iban de donde nacía el sol, y cuando fué el adelantado Montejo, y los Indios echaron de ver que se hacía tanta reverencia á la Cruz, tuvieron por cierto lo que les había dicho su profeta Chilamcambal.

«Herrera queda muy satisfecho con esta relación, como si no fuera disparate haber ido allá los Españoles en tiempo de los moros, como poner un profeta que mande ofrecer dones á los ídolos. Profetas verdaderos entre los idólatras sólo pudieron ocurrir á los Españoles, que á cada paso los encontraban en Indias por el cuento de las Sibilas y la historia de Balan. Pero está demostrado que las predicciones de las Sibilas fueron una ficción piadosa de los primitivos Cristianos, y así donde el Misal Romano lee en la secuencia de difuntos *teste David cum Sibilla,* substituyó el Parisiense: *crucis expandens vexilla.* Balan así como Job, aunque no eran Israelitas, eran siervos del verdadero Dios que adoraban, aunque el primero prevaricase para dar un mal consejo.

«Aun dado el caso de un mal profeta, en un caso de extraordinaria providencia, no era para el de Yucatan, porque tendríamos muchos que admitir, cuyas profecías á estilo oriental produjo Montemayor en su historia de Yucatan con sus nombres y los tiempos en que existieron. Pero esos serían sacerdotes ó sabios que en diferentes tiempos recordaron la primitiva de Chilam-Cambal, la cual es la más larga, célebre y conocida: y se engaña mucho Herrera; ó los que se lo contaron, en decir que existiera pocos años antes de la conquista; porque los Indios, según dicho Montemayor, le daban cuatro edades de antigüedad y ajustada la cuenta, viene á ser en los primeros siglos de la Iglesia. Es verdad que Montemayor (conviene) en que no era su nombre Chilam-Cambal, porque él vió escrito Chilan-Balan, y no advierte que esta novedad contra el testimonio de todos los autores españoles es una corrupción manifiesta por la semejanza de letras para aludir al profeta Balan, y acabaría de convencerse, si supiera que Chilam-Cambal en lengua Chinesa significa Santo Tomás. Y no hay que admirarse, de que venga á traer de China la interpretación, porque haré ver que de ella vino la voz del evangelio á las Américas; así como el calendario mexicano, que dicen les trajo el predicador, es casi idéntico al de los tártaros Chineses, y la lengua mexicana está llena de palabras Chinas. Desde luego con sólo leer en el viaje de lord Macarnei las terminaciones de los magnates de aquel imperio, se verá que son las mismas de los mexicanos con la partícula reverencial *tzin,* etc., etc.

«Tenemos mejores testimonios en Remesal *histor. de Chiapa, lib. V, cap. 7,* cuando el santo Obispo de Chiapa llegó á Campeche el año 1544, de paso para su obispado con religiosos Dominicos. «No sólo ave«riguaron ellos lo mismo que Mon«tejo, sino que los Indios se bauti«zaban todos sin falta, dando al